**La importancia de Vicenta**

El despertador emitió un leve zumbido.

Son ya las seis. Quizás hora de levantarse.

Al cabo de cinco minutos, un segundo zumbido, más estridente que el primero, le obligó a sacar el brazo por debajo de la manta.

-Las seis y cinco. Todavía queda algo para disfrutar.

Se adormiló sintiendo frío en el antebrazo. El invierno seguía su curso; la niebla del río le entristecía durante meses.

Las seis y cuarto. Esta vez el maldito zumbido se volvió irresistible. Intentó parar el despertador, pero el brazo no daba de sí. Con esfuerzo, consiguió agarrarlo y lo estampó contra la pared. El reloj, tan desfigurado que parecía una obra surrealista, le recordó a Vicenta.

No solía comentar nada sobre ella en público, por el temor a no ser comprendido por su familia actual.

Vicenta pertenecía a su otra vida.

De pequeño se despertaba gracias a ella y ronroneaba en la cama acompañado de su voz. Sucedía sobre las seis.

Al mediodía Vicenta le anunciaba el *Ángelus* y la comida, momento en que él dejaba sus labores para descansar un rato.

Por la tarde era la misma Vicenta quien le marcaba el fin de la jornada y él se retiraba.

Eso había ocurrido durante mucho tiempo, toda su infancia y parte de la adolescencia, hasta que un día Vicenta se calló.

Aquella mañana Vicenta enmudeció. Él salió al balcón para ver qué ocurría. Su padre le ordenó que se metiera en casa inmediatamente y que no contara a sus amigos de qué hablaban en las comidas.

Las seis, lo supo por su padre y no por Vicenta.

Las siete y toda la familia se reunió con aire preocupado.

Recuerda con amargura ese día de inmenso silencio seguido de una noche en la que solo se oía el ruido ensordecedor de los aviones italianos y las bombas que soltaban.

Durante meses Vicenta fue suplantada por los *Breda* y los *Savoia,* hijos predilectos de Mussolini*.* Ni él ni sus amigos correteaban ya por el campo por temor a que se los llevaran al frente.

Con el tiempo, él y su familia se acostumbraron a todo: el padre desapareció y la mitad de la familia dejó de hablar, como si siguiera las consignas de Vicenta.

Más tarde, el horror de quien nadie quiso ni quiere acordarse.

-Las seis y media, quizás, o las siete.

El despertador, medio espachurrado por el suelo, había dejado de sonar, convertido en un definitivo objeto daliniano.

La nostalgia de Vicenta le había abierto el apetito, pero nadie en su casa parecía haberse dado cuenta.

Así que esperó hasta las ocho para que le sirvieran el desayuno. Otra vez ese pan con aceite rancio. Pronto cumpliría casi los treinta y ocho, número maldito por los recuerdos y ella no estaría ahí para celebrarlo. Otras campanas tañerían por él. En la radio hablaban de Batista y Fidel y de los *Douglas* 26; en el café, un entendido pronosticaba un plan de desarrrollo; él prestaba atención y callaba, tal como había aprendido desde hacía más veinte años.